

mer de la preponderancia marítima de la Gran Bretaña, pudo activar la conclusion y armamento de los buques que Napoleon había hecho construir, los cuales se hubieran pudrido, ó hubieran sido quemados en los arsenales, si esta circunstancia no los hubiese permitido salir al mar. Tantas mejoras en tan poco tiempo hacen disimulables los desaciertos y errores, que hemos notado en el reinado de Luis XVIII.

---

---

## CÁRLOS X.

El hermano menor de Luis XVI nació en Versalles á 9 de octubre de 1757. Le pusieron CARLOS por nombre, y llevó el título de conde de Artois. Es el único de los hijos del Delfín, hijo de Luis XV, que existe en el día, cargado de años, de achaques y de los sinsabores, que deben de haber dejado grabados en su alma los acontecimientos en que ha intervenido.

Diferenciábase desde los primeros años de sus hermanos por su carácter jovial, y por su afición á la caza y á los placeres. Se casó en 1775 con María Teresa de Saboya, hermana de la esposa de Luis xviii. Entró muy jóven en la carrera militar, y en 1782 fué al campo de san Roque, y se encontró en el sitio de Gibraltar. A su vuelta á Francia recibió la cruz de san Luis.

Emigró á Turin al principio de la revolucion, y siguió el ejército de Condé, pasando despues á Rusia, donde fué bien acogido por la emperátriz Catalina II. Unido á la suerte de su hermano Luis xviii, se fijó tambien en Inglaterra con sus dos hijos, los duques de Angulema y de Berry.

En 1814 se anticipó al rey para entrar en Francia, y habiéndose presentado en París con el uniforme de guardia nacional, fué recibido con demostraciones de entusiasmo y de alegría.

*No encuentro, dijo á su entrada en la capital, que nada haya cambiado: solo hay un francés mas que ántes.*

La muerte de Luis xviii, acaecida el 16 de setiembre de 1824, le colocó en el trono; y los primeros actos de su reinado manifestaron no tan solo que conocía el estado del país, sinó que deseaba fomentar la riqueza y esplendor de la Francia. La libertad de imprenta recibió una estension capaz de ilustrar al público, de contener á las autoridades y á los jueces en sus deberes, y de facilitar al Gobierno los medios necesarios para conducir felizmente los negocios del estado. Pero unas medidas tan cuerdas iban acompañadas de otras de diverso género, debidas á las impresiones que CARLOS había recibido en la niñez, y á los rezelos de volver á caer de nuevo en los desastres de la revolucion. Si sus principios religiosos y políticos hubiesen estado mas acordes con el mo-

do de pensar de la nación que gobernaba, hoy día estaría aun sentado en el trono. Desgraciadamente los hombres que le rodearon en los últimos tiempos, nada habían aprendido de lo que la experiencia debió enseñarles, y se aprovecharon de la disposición natural del rey, para hacerle adoptar un rumbo de perdición. Creyendo que la Francia aspiraba solo á su anterior gloria militar, y que con tal que se diese pábulo á esta pasión, renunciaría sin gran resistencia á sus fueros y libertades; facilitaron la expedición de Grecia y la ocupación de Argel, al mismo tiempo que restringían la facultad de pensar y de escribir. No tuvieron presente, que la adhesión que la mayoría de los franceses manifestaba á la persona del rey, se fundaba principalmente en el recuerdo de la solemne promesa que, al ocupar el trono, hizo el 17 de setiembre de 1824 á las diputaciones reunidas de las dos cámaras,

cuando dijo respondiendo á su felicitación: « Había prometido, como súbdito, sostener la Carta y las instituciones que debemos al soberano, de que acaba de privarnos el cielo. Ahora que por el derecho de nacimiento ha recaído el poder en mis manos, lo emplearé por entero en consolidar, para la felicidad de mi pueblo, la Constitución que había prometido sostener. »

A esta prueba tan solemne de las intenciones de CARLOS X debe añadirse otra mayor, atendidas las ideas religiosas que formaban su carácter. A imitación de los antiguos reyes de Francia, y amalgamando las ceremonias de los siglos medios con el sistema y fórmulas del día, se hizo consagrar en Reims, donde juró de nuevo *sostener y hacer ejecutar la Carta constitucional*. No obstante, las personas que se apoderaron de su conciencia, trabajaron por re-

traerle de la senda que este juramento le prescribía, y solo en tiempo del ministerio de Martiñac en 1828 fué presentada á las cámaras una ley municipal y departamental, que si bien no llegó á aprobarse por un conjunto de combinaciones estrañas, daba una idea de las benéficas intenciones del que la proponía. Las esperanzas que había hecho concebir el rumbo legal, aunque tímido, de aquel ministerio, se desvanecieron con el nombramiento del conocido bajo la denominacion del de 8 de agosto (de 1829). Acaso fué debido este cambio á las disposiciones de que estaba animado CARLOS X, si es cierta la siguiente aneodota, que nos han referido personas bien informadas.

Parece que estimulado el rey por los palaciegos fanáticos y por los jesuitas que dirigían su conciencia, abrigaba tiempo hacía los deseos de libertarse de las trabas que le imponía la Constitu-

cion; pero no se atrevía á romperlas, sin que se le absolviese del juramento que había prestado de guardarla. Solicitólo repetidas veces, aunque sin fruto, de Leon XII: su sucesor, Pio VIII, fué mas condescendiente, ó conoció ménos el estado de la Francia, pues no tuvo embarazo en disipar los escrúpulos del rey, para que pudiese entregarse decididamente á poner por obra sus desig-nios. Desde este punto se declaró la guerra á todas las mejoras, se fué coartando la libertad de imprenta, y se tomaron todas las medidas para dar el golpe de acabar con la Carta.

Algunos ensayos hechos ántes, á fin de sondear las disposiciones del pueblo frances para alborotarse, persuadieron á Poliñac y á los demas ministros, que la suspension de la Ley fundamental, ó de algunos de sus articulos, no ocasionaría grandes trastornos, y que podía intentarse impunemente. Recordaban el

ejemplo del ministro Villele, que por una real orden había licenciado la guardia nacional de Paris en 1827; los animaba el haber visto que el pueblo de la capital se había dejado acuchillar por los gendarmas, con motivo de una iluminacion, en la calle de san Dionisio; y no vacilaban ya en hacer entrever en los periódicos ministeriales, que estaban resueltos á dar el golpe decisivo, creyéndose seguros del triunfo.

Desde que fué nombrado el ministerio del 8 de agosto, la nacion adivinó por una especie de instinto los males que la amenazaban. Los autores de los diarios que se atrevieron á anunciarlos, fueron procesados. El *de los Debates* sufrió el primero la persecucion, y fué condenado en primera instancia; pero habiendo apelado, logró ser absuelto. Este acto de resistencia y su resaltado probaban, que no había aun motivo para desesperar.

El discurso del rey en la apertura de las cámaras del año 1830, descubría las intenciones del Gobierno por su tono amenazador. La cámara de los Diputados juzgó que no debía desentenderse de aquellas, y en su respuesta declaró, que *las miras políticas del ministerio no estaban en armonía con los deseos de la nacion.*

La cámara fué disuelta el 16 de mayo por una proclama del rey, dirigida personalmente contra los Diputados que habían tenido la valentía de hablarle la verdad; pero la Francia entera aprobó la conducta de los 221, pues tal fué el número que formó la mayoría de aquella célebre resolucion. Por mas que los diarios ministeriales repitieron, que no debían ser nombrados en las nuevas elecciones que se estaban verificando, si no se quería perder del todo la libertad; y á pesar de que los presidentes de los colegios guardaban el mismo language,

y amenazaban á los electores, si se obstinaban en reelegirlos; no solo volvieron los mismos, sinó que fueron reforzados con otros compañeros de su modo de pensar.

Quedó declarada desde este punto la guerra entre la cámara y el ministerio, el cual no se retiró por esto, sinó que obedeció á la voluntad de CARLOS X, que estaba ya resuelto á proclamarse rey absoluto. Al mismo tiempo que se convocaba el 25 de julio á los Diputados, para que acudiesen á la apertura de la cámara el dia 5 de agosto, se estaban ya imprimiendo las tres órdenes de aquella misma fecha, que publicó el Monitor del 26. La primera suspendía la libertad de imprenta, la segunda anulaba las elecciones de los Diputados, que acababan de convocar, y la otra establecía un nuevo método para proceder á otras elecciones. El ministerio disimuló tan poco en la esposicion que las prece-

día, que dijo explícitamente, que *se podría fuera del orden legal*; y aun añadió, que *recurriría á la fuerza*, para llevar al cabo estas disposiciones.

El pueblo quedó como atónito por algunos momentos; pero indignado de una violacion tan manifiesta de sus derechos, empezó á reunirse en corrillos anunciando la resistencia á que se preparaba. A las cuatro de la tarde ya se notaron síntomas de disturbio en el punto mas céntrico de París; que es el *palacio real*, habitacion ordinaria del duque de Orleans, el cual estaba ausente con su familia en Neully. Reinaba tambien en la *Bolsa* una agitacion horrorosa, producida por la baja de los fondos y por los temores de una bancarrota general. Se decía públicamente, que iban á suspenderse los negocios, y que al otro dia se cerrarían todos los talleres.

Entre tanto reunidos los redactores de los principales periódicos de París,

estendieron una protesta legal, llena de valor y de nobleza, y publicándola al día siguiente, fueron los primeros en sufrir el rigor y persecuciones que debía atraerles semejante paso.

Las calles de Paris se llenaron de patrullas de gendarmas, suizos, soldados de la guardia real y de otros cuerpos de línea, pues la guarnicion estaba muy reforzada, para que fuese mas fácil aterrar á los que se atrevieran á oponerse á tamaña novedad.

El miércoles 27 siguió tomando incremento la fermentacion, y los Diputados que habían llegado á Paris, reunidos en número de 57 en casa del señor Casimiro Perier, creyeron de su deber oponer una protesta á la ilegalidad de la órden que les concernía particularmente. Resolvieron juntamente mandar una diputacion á las Tullerías, para rogar al mariscal Marmont, que hiciese cesar el fuego que se había roto en diversos

puntos de la capital. Sus súplicas no fueron oidas, y la mortandad crecía por instantes, aunque los paisanos, mas bien armados y en mayor número, no se dispersaban ya con tanta facilidad á vista de las patrullas.

En la mañana del 28 se anunciaba por todas partes la guerra mas encarnizada: algunos guardias nacionales osaron presentarse con su uniforme, y el pueblo, resguardado por los parapetos y barricadas que había construido durante la noche, temía ménos el ataque. La tropa por su parte iba enfriándose en vista de la resistencia que encontraba, y no dejaba de reflexionar cuán injustas eran las órdenes que se le mandaban sostener. Puede decirse que esta indiferencia en una parte de la tropa señaló ya al anochecer, que el ardor y entusiasmo popular serían coronados con la victoria.

Hasta este punto los paisanos habían

carecido de direccion y de gefes, que rara vez se presentan, á lo ménos los que tienen un nombre que perder, si no descubren alguna probabilidad del buen éxito. El encono, la rabia y el valor personal lo habían hecho todo, y nadie podía gloriarse de capitanear media docena de hombres. Algunos pelotones se habían sometido espontáneamente á las órdenes de los alumnos de la Escuela politécnica, que habían acudido para cooperar á la defensa, y estos jóvenes fueron los primeros que empezaron á dirigirla. Pero como el dia 29 hubiese variado tanto el aspecto de las cosas, el general Lafayette ya aceptó el nombramiento de comandante de la guardia nacional de Paris, y con el título de *Comision municipal* se formó una junta, que obró por algunas horas con un poder dictatorio.

El 30 por la mañana se reunieron los Diputados en casa de Laffitte, y allí se

pensó en ofrecer el empleo de *lugarteniente general del reino* al duque de Orleans; pero se aplazaron para juntarse á la una del mismo dia en el edificio de la cámara de los Diputados, y tratar de nuevo de este asunto de tanta consecuencia. Mientras se celebraba la segunda reunion, fué introducido el conde de Sussy, que llevaba tres órdenes de CARLOS X, reducidas á revocar las del 25, á señalar el dia 5 de agosto para la apertura de las cámaras, y á nombrar un nuevo ministerio, en que figuraban algunos sugetos apreciables por su ilustracion y patriotismo. Mas era sobrado tarde: los Diputados no quisieron reconocer un poder, que miraban ya como anulado, y no permitieron siquiera que se les leyesen las órdenes. Continuaron pues en la discusion, y resolviéndose por fin á lo propuesto por la mañana, conferenciaron con los comisionados de la cámara de los pares, é



invitaron por unanimidad al duque de Orleans, á que se encargase de las funciones de lugarteniente general del reino. Llegó en efecto á Paris aquella noche á las once, y habiendo aceptado, dictó á las 6 de la mañana del dia siguiente la proclama que concluye: *La Carta será de hoy en adelante una verdad.* Los Diputados publicaron tambien un manifiesto á la nacion, en que explicaban las circunstancias estraordinarias en que se habían visto, la resolucion que habían tomado, y la necesidad urgente que habia, de hacer algunas mejoras en la Constitucion.

Viendo CARLOS X el rumbo que tomaban los negocios, creyó todavía paralizarlo, nombrando lugarteniente general del reino al duque de Orleans, y enviándole, en la noche del 1 al 2 de agosto, con esta orden su abdicacion y la del Delfin en favor de su nieto Enrique V, el hijo póstumo del duque de

Berry; á fin de que pareciese que ejercía con consentimiento suyo el cargo que los Diputados le habían conferido. Con todo el duque de Orleans creyó mas seguro apoyarse en la eleccion de estos, procedió á formar el ministerio, y abrió las cámaras el dia 3. Ocupáronse las comisiones de estas en preparar las novedades que habían de practicarse en la Constitucion, y en deliberar sobre si convendría llamar á Luis Felipe para que se sentase en el trono, vacante de hecho, pues CARLOS X y su familia habían tenido que salir de Rambouillet, para evitar el resentimiento popular. Aun para llegar á Cherbourg, donde habían de embarcarse, fué necesario que el nuevo Gobierno comisionase al general Maison, al consejero Schonen y al abogado Odillon-Barrot, á fin de que el crédito de patriotas que disfrutaban estas personas, sirviese de salvaguardia á las de la familia real.

Los Diputados de la cámara, como el resto de la nación, estaban divididos en sus opiniones: eran muy pocos los que deseaban sostener á la dinastía reinante y sus góticas pretensiones; algunos no querían otro Gobierno que el republicano bajo unas bases parecidas al de la América del norte; y los mas, recordando todavía los horrores del tiempo de la Convención, y creyendo imposible que volviese á ser república una nación, enclavada en el centro de tantas monarquías, sin escitar su enemistad y declararse en guerra con ellas; no descubrían otro medio de salvacion, que elegir un rey, el cual al mismo tiempo que tendría que reconocer haber recibido el poder de sus manos, juraría observar las leyes que se le prescribiesen. No había que vacilar respecto de la persona, pues solo el duque de Orleans reunía al prestigio de pertenecer á la familia real, la circunstancia de no

haber estado en buena armonía con ella. La cámara pues, obligada por los acontecimientos imprevistos que acababan de agolparse, y sin tener poderes para ello, resolvió trasladar la monarquía francesa de la rama mayor de los Borbones á la menor. En la memorable sesion del 7 se revisó de prisa, como suelen hacerse casi todos los asuntos de grande importancia, la Carta; se la espurgó de todos los artículos de que mas había abusado el poder, y se declaró, que estando vacante el trono de hecho y de derecho, el bien general del pueblo llamaba con urgencia al duque de Orleans á ocupararlo, y que por lo mismo se le invitaria á aceptar y jurar la nueva Constitucion, previo lo cual tomaria el titulo de *rey de los franceses*. Prescindiendo de los deseos que pudieran animar á Luis Felipe, no le quedó arbitrio entre aceptar, ó emigrar y esponerse á perder los inmensos bienes raíces que

poseía en Francia, pues su denegacion se hubiese mirado como una censura de cuanto había sucedido, y tal vez como una hostilidad, que no debía menospreciarse en un sugeto de tan alta gerarquía. Defirió por tanto á la voluntad de la cámara, en la que se presentó el 9 del mismo mes para jurar solemnemente las condiciones, bajo las cuales se sentaba en el solio.

A solo este cambio y á unas cuantas modificaciones en la Carta quedaron reducidas las pretensiones de un pueblo, que acababa de sostener la lucha mas sangrienta de todas las que presenta la historia moderna entre el paisanage y el ejército de una misma nacion; y que había hecho su resistencia espontáneamente, sin ser acaudillado, sin miras ambiciosas, sin buscar apoyo en los facinerosos, sin cometer ningun exceso de robo ni violencia estando en completa anarquía, y sin abusar en lo mas mí-

nimo de su victoria. Así obra el pueblo en las verdaderas revoluciones, cuando motivos de general interes le impelen; y su triunfo es siempre seguro. No sucede lo mismo en las conspiraciones: para madurarlas se requieren muchos preparativos; todos los medios parecen justos para llevarlas á cabo; se busca el ausilio de la gente perdida y de los criminales que se hallan en las cárceles, y rara vez logran un feliz éxito.

Volviendo ya de esta larga digresion, que merecía la famosa revolucion parisiense, CARLOS X desembarcó en Cowes, puerto ingles en el canal de la Mancha, donde se le admitió bajo el nombre del conde de Ponthieu. Estuvo allí algunas semanas hospedado por un caballero rico, hasta que el rey de Inglaterra le brindó con el palacio real de Edimburgo, que el mismo CARLOS había ya ocupado algunos años durante su emigracion anterior. Por el mes

de setiembre de 1852 se embarcó para Alemania, terminando su viage en Praga, capital de Bohemia. El emperador de Austria le cedió una parte del antiguo é inmenso palacio de Hradschin, en el que se estableció con los demas individuos de su familia, ménos la duquesa de Berry, la cual marchó á Italia, y se halla en la actualidad encerrada en la fortaleza de Blaye, cerca de Burdeos, por haber fomentado y acalorado la última insurreccion de la Vandé á favor de su hijo. El ex-rey de Francia no disfruta la mejor salud en un clima frio, y en su avanzada edad de 75 años, de modo que ni una sola vez ha salido de casa despues de su llegada á Praga, y aun ha pasado algunas semanas en cama postrado por la gota.

Las vicisitudes que ha sufrido este monarca, pueden no ser perdidas para los demas reyes, y servir tambien de leccion á los pueblos, si aquellos apren-

den á satisfacer las necesidades y justos deseos de sus súbditos, y estos calculan lo poco que ganan en cambiar de dinastía, si no varían esencialmente sus instituciones, ni están bien decididos á sostenerlas con perseverancia.